ESPERANZA Y CUIDADO DEL PRESENTE

Gustavo Cavagnari, sdb (UPS)

Me han invitado a ofrecerles una "lectura" del Aguinaldo 2021 del Rector Mayor: "Nos mueve la esperanza: '*He aquí que hago nuevas todas las cosas'* (Ap 21,5)". Me gustaría comenzar diciendo que no tengo intención de repetirlo, ni siquiera de "comentarlo". Por otra parte, seguro que ya lo habéis leído y, probablemente también profundizado. Sólo me basaré en lo que dice –y en el Mensaje del Papa Francisco a los participantes del XXVIII Capítulo General, que parece ser "el texto base"– para hacer algunas puntualizaciones.[1]

1. Aceptar, vivir y atravesar estos tiempos difíciles.

Sin hacer un análisis demasiado técnico ni un estudio exhaustivo, podemos reconocer con el Rector Mayor que los tiempos actuales son *difíciles* o, según el adverbio aumentativo, *muy difíciles*. El Papa se expresa de manera similar en su Mensaje a los Salesianos, en el que les invita a aceptar que están inmersos en un tiempo de la historia que es *cambiante*, *incierto, inconsistente, acelerado, imprevisible y desestabilizador*. "Nadie puede decir con certeza y precisión (si es que alguna vez se ha podido hacer) lo que ocurrirá en el futuro próximo a nivel social, económico, educativo y cultural".[2] Si recordamos, estas palabras fueron pronunciadas al comienzo del evento COVID-19, por lo que podemos imaginar cómo la enfermedad, con toda la perturbación que trajo consigo, habrá potenciado el diagnóstico de Francisco. De hecho, la *epidemia* o, con propiedad etimológica, la *pandemia*, no fue ni la primera ni la más mortífera de la historia de la humanidad. Sin embargo, nos ha recordado descaradamente nuestra mortalidad –un chocante *memento mori*–[3] y, sobre todo, ha sacudido con furia nuestros insostenibles estilos de vida.[4] Sin desvalorizarla, hay que reconocer, sin embargo, que su excepcionalidad surgió en un contexto que, antes de ella, y desde luego a su término, ya era y seguirá siendo complicado.

En estos tiempos *arduos*, que según la conocida descripción de Zygmunt Bauman el Papa también califica de *fluidos*,[5] Tomáš Halík los describe como "*complejos y polivalentes*".[6] Y en estos tiempos –continúa este autor– sobre todo quien acompaña y cuida a las personas, si no quiere ser *ingenuo* o *cínico*, debe ser una *persona de esperanza*.

---

[1] Cf. FRANCISCO, *Mensaje a los miembros del CG28* (4 marzo 2020), en «ACG» CII/433 (2020), 55-65. Hablando sobre la esperanza, la referencia a *Ap* 21,5 – que lleva por título el Aguinaldo – se encuentra en la página 57 (edición italiana).

[2] FRANCISCO, *Mensale a los miembros del CG28*, 55.

[3] Cf. Carlos María GALLI, *La vida, la muerte y la esperanza en la primera pandemia global*, in «Vida Nueva» 3177 (2020), 20-21.

[4] Cf. Iván FRESIA, *Las cosas van a cambiar y, quizá, para siempre,* en SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA (a cura de), *COVID-19*, Buenos Aires: SAT 2020, 51-61.

[5] Según el sociólogo polaco Zygmunt Bauman (1925-2017), el cambio acelerato y permanente define el estado fluido y volátil de la actual sociedad "líquida". Cf. *Modernità liquida,* Roma: Laterza, 2002.

[6] Tomáš HALÍK, *La notte del confessore. La fede cristiana in un tempo di incertezza*, Milano: Paoline 2013, 10. El autor es un sacerdote y teólogo católico checo (1948) con estudios de filosofía, sociología y psicología. Sobreviviente de la persecución del régimen comunista, actualmente enseña en la Universidad Carlos de Praga. Por sus libros, traducidos a varias lenguas, y por su compromiso en favor del diálogo interreligioso, de los derechos humanos y de la libertad religiosa, ha sido distinguido por diversos premios, entre ellos el *Cardinal König Prize* en 2003, el *Romano Guardini Prize* en 2010 y el *Templeton Prize* en 2014.

¿Quién es el cínico? El *pesimista*, el que está convencido de que no vale la pena apostar por los hombres porque "*no cambian*" (Sal 55,20) y, por tanto, no cree en ellos ni en sus motivos, duda de la sinceridad y la bondad de los demás, y muestra indiferencia hacia las otras personas. Intenta protegerse, no tiene pudor y vive con arrogancia.

¿Quién es ingenuo? El *optimista* típico del modernismo. Halík afirma:

> Tal y como yo lo entiendo, el optimismo es la creencia de que "todo está bien"; es una ingenua tendencia a creer que *algo* hará que las cosas sean cada vez mejores, y que si, en este momento, no estamos viviendo "en el mejor de los mundos posibles", pronto alcanzaremos ese *óptimum*. Ese *algo* redentor al que se confía el optimismo puede ser el progreso científico y tecnológico, el poder del intelecto humano, la revolución, la ingeniería social, los diversos esquemas imaginados por los "ingenieros del alma humana", o los experimentos pedagógicos y sociales de reforma social. Esta es la versión secular del optimismo. Pero también hay una versión religiosa, que consiste en confiar en un director de escena, un *ungido,* que desentraña nuestros problemas como un *deus ex machina*.[7]

Escapar del pesimismo es, para nosotros los salesianos, casi *connatural*. Sin embargo, el optimismo *naïf* del que habla no sólo es una tentación muy cercana a nosotros, sino también un desenfoque de la realidad en una época definida como *post-optimista*. La sociedad occidental actual ha pasado de la quimera del progreso indefinido y de la "*tierra sin mal*" a la predicción de un mundo irreversiblemente en vías de extinción;

> de una confianza ilimitada a una desconfianza igualmente extrema en el futuro. [...] Contaminación de todo tipo, desigualdades sociales, catástrofes económicas, aparición de nuevas enfermedades: la larga letanía de amenazas ha hecho que el futuro pase de una positividad extrema a una negatividad sombría e igualmente extrema.[8]

De forma lúcida y profunda, el ensayista y ex presidente checo Václav Havel –del que Halík había sido asesor y estrecho colaborador– escribió a su mujer desde la cárcel:

> Querida Olga, lo más importante para ti es no perder la fe y la esperanza. Cuando hablo de fe y esperanza no me refiero al optimismo en el sentido convencional de la palabra, que suele utilizarse para expresar la convicción de que "todo irá bien". No comparto tal principio, lo considero –si se expresa de forma tan general– una peligrosa ilusión. No sé cómo saldrá "todo" y, por tanto, también debo aceptar la posibilidad de que todo, o al menos la mayoría de las cosas, salga mal. [...] La fe auténtica es algo incomparablemente más profundo y misterioso que una emoción optimista (o pesimista), y *no depende de cómo aparezca la realidad en un momento dado.* Y es también por esta razón que *sólo el hombre de fe*, en el sentido más profundo del término, *es capaz de ver las cosas como realmente son, y no distorsionarlas*.[9]

Esto es fundamental. Sin duda, vivimos tiempos difíciles. Es inútil relativizarlo. Pero aún peor sería dejarnos aplastar definitivamente como si nada pudiera superarse, o querer *ignorarlo* como si todo fuera bien.[10] El cristiano no es ni pesimista ni optimista, sino *una persona con esperanza*, es decir, convencida no de que las cosas siempre saldrán bien, sino de que *todo tiende misteriosamente hacia el bien según el plan de Dios* (cf. Rm 8,28) y que, en este nivel, *todo tiene un sentido independientemente de su éxito*.

> Hay más necesidad de una *verdadera esperanza* cuando la situación está *en su peor momento*, en un estado de peligro extremo que el optimismo suele ser reacio a reconocer. Sería mejor no deber tenerla la esperanza, porque su presencia es señal de que ya ha ocurrido algo desagradable. Según las escrituras hebreas, por ejemplo, la esperanza tiene un reverso sombrío, ya que implica la derrota de los incrédulos. Si hay necesidad de virtud, es porque hay muchos delincuentes alrededor.[11]

En este sentido, hay que reconocer que los que no creen en Cristo no podrán decir "acabará bien" o "acabará mal" en el mismo sentido con el que lo dice un cristiano, porque el

---

[7] HALÍK, *La notte del confessore*, 14.
[8] Miguel BENASAYAG – Gérard SCHMIT, *L'epoca delle passioni tristi*, Milano: Feltrinelli 2013, 18. 20.
[9] Václav HAVEL, *Lettere a Olga*, Treviso: Santi Quaranta, 2010 [Carta del 17 de enero de 1981].
[10] Cf. Eduardo PIRONIO, *Renovación de la vida consagrada. Los "religiosos" testigos de la esperanza y de la alegría pascual,* Bogotá: Paulinas, 1977, 13-41.
[11] Terry EAGLETON, *Speranza (senza ottimismo). Una guida filosofica*, Milano: Ponte alle grazie 2016, 16.

hombre, de por sí, no puede esperar el final que espera el cristiano ni entender el bien como lo entiende él.[12]

Estas ideas, que pueden parecer ajenas al pensamiento habitual, están sin embargo en armonía con lo que dice el Papa en su Mensaje:

> *Ni pesimista ni optimista, el salesiano del siglo XXI es un hombre lleno de esperanza porque sabe que su centro está en el Señor, que es capaz de hacer nuevas todas las cosas* (cf. Ap 21,5).
>
> Asumir responsablemente esta situación –tanto a nivel personal como comunitario– significa dejar atrás... *una visión y actitud pesimista* ante todo lo que nos rodea... esa actitud que termina por "boicotear" e impedir cualquier respuesta o proceso alternativo. O bien, poner de manifiesto la posición contraria: *un optimismo ciego*, capaz de disolver la fuerza y la novedad del Evangelio, impidiendo *aceptar concretamente la complejidad que las situaciones requieren y la profecía que el Señor nos invita a realizar.* Ni el pesimismo ni el optimismo son dones del Espíritu, porque ambos provienen de una visión autorreferencial capaz de medirse sólo por las propias fuerzas, capacidades o habilidades, impidiendo mirar lo que *el Señor está realizando y quiere realizar entre nosotros.*

1. Por eso, nuestra mirada al mundo se basa en *la certeza de la fe* de que, a pesar de lo que ocurre, *Dios conduce la historia, Cristo actúa con su gracia y el Espíritu Santo genera con dolores de parto la creación definitiva*, y esto nos hace vivir con *esperanza teologal.*

2. A partir de esta certeza, la esperanza se traduce, según Halík, en *la capacidad de dar sentido a los acontecimientos, sobre todo a los que "no van bien", a la luz de la paradoja de la Pascua,* "para poder *aceptar* el peso de la realidad, *persistir* en esta situación, *superar* la prueba y, en la medida de lo posible, *ser también útil* a los demás".[13] La Resurrección, en efecto, no es *el final feliz* de la muerte en la cruz, sino la *reinterpretación* de la muerte como causa de la vida. Lo uno no anula lo otro. El Resucitado lleva los signos del Crucificado. La certeza de que todo avanza según la promesa hacia "un cielo nuevo y una tierra nueva" (2 Pe 3,13; Ap 21,1) no niega, por tanto, que sigamos caminando "en un valle oscuro" (Sal 22,4).

3. Por último, esta esperanza en la plenitud de la vida, que trasciende la muerte, se acredita en la vida presente, *transformándola mediante la caridad*. Buscar y vivir "las cosas de arriba, donde está Cristo" (Col 3,1) no nos exime de los compromisos y deberes de este mundo. La esperanza cristiana está siempre entretejida de caridad: una caridad plena, viva, integral, en la concreción de cada momento y contexto que nos toca atravesar.

Obviamente, se trata de una visión sobrenatural. En esta visión *virtuosa*, "la fe, la esperanza y la caridad van juntas" (cf. 1 Cor 13,13).[14] Las tres virtudes se reclaman unas a otras y se apoyan mutuamente; podríamos decir que representan recíprocamente una "prueba" (cf. Hb 11,1), un "apoyo" en el camino (cf. 2 Co 1,7; Fl 1,20; 1 Ts 5,8) y una "verificación" (cf. Ef 4,15, St 2,26).

2. Conocer, preservar y difundir la gran esperanza

Si la *fe teologal* nos hace creer aquí abajo en Aquel a quien esperamos ver allá arriba "cara a cara" (1 Cor 13,12) "tal como es" (1 Jn 3,2), *la esperanza teologal* nos hace peregrinar con paciencia y perseverancia hacia el encuentro con Él con la confianza de llegar allí (cf. 2 Tm 2,5; Sant 1,12; 1 Pe 5,4). Entonces, nuestra vida (cf. Jn. 10:10), nuestra alegría (cf. Jn. 15:11), nuestra madurez (cf. Ef. 4,13), nuestro conocimiento (cf. Col. 3,10), nuestra recompensa (cf. 2 Jn. 8)... serán plenas, y esto *no se nos quitará* (cf. Lc. 10,42). ¿Qué más

[12] Cf. Josef PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Madrid: Rialp 2017, 273. No es por casualidad que san Pablo recuerda a los Efesios que, antes de su encuentro con Cristo, vivían «sin esperanza y sin Dios» (*Ef* 2,12).
[13] HALÍK, *La notte del confessore*, 23.
[14] BENEDICTO XVI, *Encíclica «Deus caritas est» sobre el amor cristiano* (25 de diciembre de 2005), n. 39, en «AAS» XCVIII (2006), 217-252.

debemos seguir buscando (Sal 24,7)? Porque se apoya precisamente en las promesas de Cristo (cf. Heb. 10:23) y no en nuestras propias fuerzas, esta esperanza, infundida y custodiada por el Espíritu Santo, "no defrauda" (Rom. 5,5).

Puesto que su desconocimiento es la causa de toda desesperación,[15] hoy es prioritario y decisivo mantener viva la preocupación por conocer, custodiar y difundir *la especificidad de la esperanza cristiana*;[16] es decir, acoger con gratitud, conservar con fidelidad y vivir con humildad la *novedad* única y universal que proviene de la muerte y resurrección de Jesús y de los horizontes que ellas abren.[17] Sin la certeza de este sentido último sólido y positivo, es casi imposible tener una *esperanza sólida*. Sin la certeza de que todo está entretejido con significados sólidos y originales, la persona se ve obligada a *reducir la esperanza* a algo precario, discontinuo, provisional. En una época dominada por los bienes inmediatos y centrada en las migajas, los cristianos deben preguntarse por la fuerza de la "esperanza viva" que llevan consigo (1 Pe 1,3). Pero éstos, ¿siguen creyendo aún que hay una realización trascendente para la vida de las personas y el futuro del mundo?[18]

3. Fortalecer, purificar y descifrar nuestras múltiples esperanzas en la práctica

En cierto sentido, la esperanza sobrenatural asume todas las *esperanzas naturales* que inspiran las actividades humanas. Además, las amplía en la perspectiva de la eternidad, las preserva de la corrupción, las purifica para ordenarlos al Reino de los Cielos y, ciertamente, las trasciende.[19] Pero no las borra, sino que se injerta en ellas y las asienta. Además, sería imposible eliminarlas. A pesar de toda su fragilidad y fugacidad,[20] en nuestras decisiones y acciones seguimos invirtiendo en estas esperanzas cotidinas, finitas e inmanentes. No sólo nosotros individualmente, sino también socialmente. De hecho,

> la persona individual vive dentro de una red de relaciones que es la *comunidad.* Las esperanzas de los individuos desembocan en la comunidad y las esperanzas que sustentan una comunidad influyen en los individuos. Hay una ósmosis de esperanza entre los individuos y la sociedad. Por eso también se habla de *esperanza social*, es decir, de la pasión con la que una comunidad "lanza su mirada hacia adelante", se fija metas y avanza hacia horizontes de futuro. *El termómetro de la esperanza social es la capacidad de proyectar.* Donde prevalece el lamento, la nostalgia y el arrepentimiento por el pasado, el grado de esperanza social es bajo; es alto, por el contrario, donde hay espíritu de iniciativa, capacidad de soñar y confianza en el futuro.[21]

3.1. Espíritu de iniciativa

Los que acusan a la *esperanza cristiana* de esforzarse por el mañana, abandonando un verdadero compromiso con el presente, revelan sólo su comprensión errónea.[22] De hecho, la esperanza, en lugar de ser una huida hacia el futuro, es una fuerza *fecunda y fermentadora* de preocupación por el presente, de entrega en el servicio, de hacerse cargo de los demás, de cultivar las condiciones que hacen la vida habitable y fructífera. Buscar la morada futura

---

[15] Cf. BENEDICTO XVI, *Encíclica «Spe salvi» sobre la esperanza cristiana* (30 de noviembre de 2007), n. 12, en «AAS» XCIX (2007), 985-1027.
[16] Cf. CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA, *Comunicare il Vangelo in un mondo che cambia.* Orientamenti pastorali dell'Episcopato italiano per il primo decennio del 2000 (29 de junio de 2001), Milano: Paoline 2001, n. 2.
[17] Cf. Dionigi TETTAMANZI, *Il dono di testimoni umili e coraggiosi.* Prolusione al IV Convegno Ecclesiale Nazionale (16 ottobre 2006), en "Il regno-Documenti" 51 (2006), 602-609, aquí p. 603.
[18] Cf. Franco MOSCONI – Salvatore NATOLI, *Sperare oggi*, Bologna: EDB 2021, 76.
[19] Cf. *Catecismo de la Iglesia Catolica*, Città del Vaticano: LEV 1992, n. 1818.
[20] Cf. Virgilio MELCHIORRE, *Sulla speranza*, Brescia: Morcelliana 2000, 7.
[21] Erio CASTELLUCCI, *Seminatori di speranza.* Messaggio alla città per la solennità di San Geminiano (31 gennaio 2019).
[22] Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes.* Constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo (7 de diciembre de 1965), n. 20, in «AAS» 58 (1966) 15, 1025-1120.

(cf. Hb 11,13-16; Flp 3,20) no es un simple aplazamiento a una fecha posterior: quien tiene la esperanza evangélica *habita, moldea y transforma la existencia cotidiana*. La nueva sociedad, de hecho, está en cierto modo incoada en la sociedad actual.[23] "La Iglesia enseña que la esperanza escatológica no disminuye la importancia de los compromisos terrenales, sino que, por el contrario, da nuevas razones para apoyar su realización".[24]

Desde el punto de vista de la vida práctica, ***la esperanza cristiana se desarrolla en tres etapas***: *leer e interpretar* los signos de esperanza presentes en el mundo, *ofrecer* horizontes de sentido que se abran a la esperanza, y *comprometerse* con actitudes y comportamientos concretos que apoyen la esperanza.[25]

a) En primer lugar, quien tiene esperanza cristiana ***ve y disfruta*** del incalculable número de semillas, gérmenes y frutos concretos de esperanza que actúan en los más diversos ámbitos y temas, incluso en las realidades y acontecimientos más desfavorables y dolorosos de la vida ordinaria. Las esperanzas de los hombres de hoy, especialmente de todos los que sufren, son también las esperanzas de los discípulos de Cristo, proclamó el Vaticano II.[26] Los ve en los muchos hombres y mujeres que, "en su vida y actividades cotidianas, a menudo desapercibidos o incluso incomprendidos, desconocidos para los grandes del mundo, pero mirados con amor por el Padre, son los incansables trabajadores de la viña del Señor, los humildes y grandes constructores –ciertamente por el poder de la gracia de Dios– del crecimiento del Reino de Dios en la historia".[27] Los ve en los santos "de la puerta de al lado" que siguen adelante con paciencia y "luchando con esperanza".[28] Especialmente en estos tiempos de pandemia, los ve en aquellos que, en lugar de "huir con la esperanza de salvarse a sí mismos", se quedan y se comprometen "con esfuerzo y sacrificio" para que la situación sea menos amarga.[29]

b) Humanamente hablando, la esperanza no es un objeto que se tiene y se pueda dar. Se trata más bien de **un ejercicio que *cada uno* debe hacer** a partir del descubrimiento de horizontes que lo mantienen en tensión, a pesar del riesgo de ilusiones o de engañarse. Y, sin embargo, se necesitan *testigos* que puedan *indicar* de algún modo una dirección, *mostrar* certeza, *trasparentar* la presencia de Aquel que es "nuestra esperanza" (cf. 1 Tm 1,1) y *reforzar* el sentido de abandono en su providencia.[30] Por eso, los que tienen esperanza cristiana comparten esas *razones de vida* que les mueven y orientan, y que quizá puedan abrir nuevas brechas en las que el Espíritu siembre una más *firme esperanza*.[31]

c) Por último, los que tienen esperanza cristiana se comprometen con **acciones y conductas concretas.** De lo anterior se desprende que la primera forma de fortalecer la esperanza es *estar cerca de ella*. El relato de los "desesperados de Emaús" nos enseña que, para ponerse de nuevo en camino "sin demora" (Lc 24,33), los dos discípulos tuvieron que reconocer bajo una nueva luz (cf. Lc 24,31) lo que antes habían conocido sin comprender su significado (cf. (cf. Lc 24,25); y que para volver a comprender de un modo nuevo el sentido de lo sucedido, necesitaban también un caminante que *se quedara* con ellos, que les *ofreciera* un nuevo horizonte de interpretación, que *convirtiera* sus mentes, que los *curara* de

---

[23] Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 5.
[24] CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 21.
[25] Cf. TETTAMANZI, *Il dono di testimoni umili e coraggiosi*, 607.
[26] Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 1.
[27] JUAN PABLO II, *Christifideles laici.* Exhortación apostólica postsinodal sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo (30 de diciembre de 1988), n. 17, en «AAS» 81 (1989) 4, 393-521.
[28] FRANCISCO, *Gaudete et exsultate.* Exhortación apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo (19 de marzo de 2018), nn. 7, 154, en «AAS» 110 (2018) 8, 1111-1161.
[29] FRANCISCO, *Un piano per risorgere* (17 aprile 2020), en «L'Osservatore Romano» CLX/48412 (2020) 88, 10.
[30] Cf. Luciano SANDRIN, *Prendersi cura della speranza*, en Chiara PALAZZINI (ed.), *Le relazioni che curano*, Città del Vaticano: LUP 2013, 13-34.
[31] Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, nn. 21, 31, 93.

la decepción y que *calentara* sus corazones heridos. Especialmente en la desesperación que produce la soledad –física, social, afectiva, pero también espiritual– o en el sufrimiento y el desconcierto que provoca, "estar con" puede experimentarse como un consuelo[32] y, por tanto, como una presencia que permanece, una acogida que cura, una cercanía que consuela, una relación que junta los fragmentos, un afecto que reconecta.[33] En situaciones de confusión, malestar, abandono... el deseo de estar ahí pide la elección de invertir en las relaciones como forma concreta de mantener la esperanza más allá de las necesidades materiales.

> Es llamativo que en el Apocalipsis la imagen para expresar la forma concreta de "estar cerca" de los que sufren sea el secado de las lágrimas de los ojos de los que lloran. Es a través de esta práctica que se puede crear y despertar una esperanza concreta. Es frente al desesperado cuando debemos medir la autenticidad de nuestra esperanza y nuestra capacidad de crear esperanza. Sin esta prueba, la referencia a la esperanza corre el riesgo de ser mera retórica.[34]

Pero no es suficiente. Actuar la esperanza implica la responsabilidad de *hacerse cargo* de las situaciones concretas y comprometerse a hacerlas cada vez más conformes con el plan de Dios. "De nuestras acciones surge la esperanza para nosotros y para los demás".[35] Empezar por estar presente y saber acoger, enseñar a los ignorantes, cuidar a los enfermos, ayudar a los pobres, acoger a los abandonados, visitar a los que se encuentran solos o proteger a los ancianos pueden ser vientres en los que puede nacer la esperanza. En este sentido, *la caridad verifica la esperanza que genera la fe*. Los hechos, aunque partan de simples realidades, son capaces de horadar la ausencia de esperanza y, además, de provocar la atención, de generar otras acciones, de multiplicar los cambios.

Más aún. Si la esperanza cristiana se ejercita *activamente* mediante la caridad y la atención al prójimo, también se ejercita *pasivamente* mediante la paciencia y la resistencia. La *paciencia* porque, si el creyente tiene la certeza de que Dios cumple sus promesas y de que su Reino "ya" está actuando en medio de nosotros (cf. Lc 17,21), también sabe que vive en el "todavía no", y por eso rechaza la presuntuosa tentación de encontrar seguridad en posesiones que no sabemos cuándo nos serán arrebatadas (cf. Lc 12,20). La *resistencia*, porque vivimos en un contexto que suprime la esperanza, a menudo la corta de raíz y no se hace eco de lo positivo. Por lo general, lo que una persona sueña y planea por adelantado se ve rápidamente frustrado o cuestionado, casi siempre en sentido descendente. Piénsese por ejemplo en los jóvenes y en aquellos comentarios cortantes para que se acomoden en lugar de soñar. Piénsese en los que asumen sus responsabilidades con novedad y frescura y en todos los escalones que tienen que subir para llegar a su meta. Piénsese en los que intentan infundir entusiasmo a la vida y son abofeteados por el "es lo que hay" o "qué se le va a hacer" de los resignados.

3.2. Capacidad de soñar

Soñar no es fantasear, divagar, delirar, así como los sueños no son espejismos, delirios, alucinaciones, quimeras. Partiendo de la realidad, los que sueñan *proyectan* el presente hacia una meta más perfecta, *conciben* otros estilos de vida, *imaginan* comunidades alternativas... y *actúan con un nuevo sentido* que permite *vivir de modo diferente* el presente. Quien, por tanto, espera razonablemente el cumplimiento de la meta deseada, no construye tanto a partir de *lo que ve* en el presente, sino que actúa a partir de *cómo ve* el presente a la luz del futuro previsto. En este sentido, diría el Papa, soñar nos permite

---

[32] Cf. BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 38.
[33] Cf. Jerome GROOPMAN, *Anatomia della speranza. Come reagire davanti alla malattia*, Milano: V&P 2006
[34] Luciano MANICARDI, *La comune responsabilità per l'umano.* Reflexión propuesta en ocasión de una jornada formativa dirigida a algunos operadores de Caritas Ambrosiana (26 de febrero de 2008).
[35] BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 35.

mantener la mirada amplia, nos conduce hacia un horizonte, nos sugiere un camino que nos permite abrazarlo, nos lleva más allá, cultiva nuestra esperanza en cada acción cotidiana. Por supuesto, "hay que hacer crecer los sueños, hay que purificarlos, ponerlos a prueba y también compartirlos".[36] Y, luego, hay que concretarlos. El trabajo y la responsabilidad de los que sueñan es, de hecho, transformar hoy en realidad lo que está previsto para el mañana. Por un lado, esto requiere valentía frente a las resistencias, constancia frente a las dificultades, resiliencia frente a las caídas; por otro lado, apertura, confianza, apoyarse en personas significativas que puedan ayudar a entender los sueños y concretarlos en la gradualidad y con serenidad. Es precisamente a partir de la capacidad no sólo de *soñar*, sino de *elegir*, de *poner en práctica*, de *perseverar*, de *arriesgar* y de *implicar* que se configura la diferencia entre un idealista y un operador.

Quien tiene esperanza cristiana discierne de dónde se inspiran los propios sueños, su calidad y grandeza, su fecundidad; más aún, piensa cómo articular los propios sueños con los "sueños de Dios" para cada uno y para todos y, por tanto, cómo comprometerse con una humanidad más fraterna.[37] Desde esta perspectiva, la esperanza cristiana, gracias a la novedad de los contenidos de la fe –concepción de la persona, del principio y del fin de la vida, de la naturaleza de las relaciones interpersonales y sociales, de la educación y de la transmisión de valores, de la caridad y de la solicitud hacia los demás, de las modalidades de la ciudadanía y de la legalidad, de la convivencia entre religiones y culturas– y, concretamente, gracias a la experiencia de Dios y del hombre que la fe genera y alimenta, posee un poder excepcional para *redefinir* horizontes, para *transformar* la visión, para *cualificar* los pasos a dar.

3.3. Confianza en el futuro

Hablar de confianza en el futuro puede parecer algo propio de ingenuos bienhechores o, como mínimo, poco realista, dada la crisis demográfica, económica y sanitaria que estamos viviendo. Y, sin embargo, es una condición para que cada uno de nosotros pueda vivir en el presente, ejerciendo nuestras responsabilidades de manera fructífera y desplegando los dones y talentos que descubrimos en nuestro interior.[38] Sin embargo, humanamente hablando, lo que nos hace esperar en el futuro no es el futuro en sí mismo –que incluso puede ser *utópico o distópico*, según quién lo piense– sino el presente, a partir del cual se puede construir un futuro *eutópico*. Por tanto, *la confianza en el futuro* está fuertemente vinculada a *la confianza en el presente*. Por ejemplo, hay muchos procesos de desintegración social, pero también hay muchos recursos que se ponen en marcha, como anticuerpos, para oponerse a las peores derivas; hay muchas amenazas medioambientales, pero también hay muchas energías que se mueven en la conciencia de que el problema es grave y hay que afrontarlo; hay tantas situaciones destruidas por razones diversas, pero también hay tantos que se arremangan para reconstruir. En este sentido, se dice que algo tendrá futuro "si" se cumplen ciertas condiciones; pero este "si", en la medida en que se asume y se aplica en el presente, es precisamente lo que nos da la esperanza de que las cosas pueden ser diferentes.

Para los que tienen esperanza cristiana, hay además razones más profundas aún para confiar en el futuro. El futuro pertenece a Dios,

> en el sentido de que sólo Él lo conoce, lo prepara y lo realiza. Ciertamente requiere y solicita la cooperación humana, pero no por ello deja de ser el director trascendente de la historia. [...] Sólo Dios sabe cómo será el futuro. Sin embargo, sabemos que en todos los casos será un futuro de gracia,

[36] FRANCISCO, *Sognate in grande*. Dialogo durante la Veglia di preghiera con i giovani italiani (11 de agosto de 2018).
[37] Cf. Claudio BORGHI, *Sogni di Dio, speranza per l'uomo*, Roma: San Paolo 2018.
[38] Cf. Mario DELPINI, *Benvenuto, futuro!* Discorso alla città (6 dicembre 2019), Milano: Centro Ambrosiano 2019, 7.

será el cumplimiento de un plan divino de amor para toda la humanidad y para cada uno de nosotros.[39]

4. Educar desde, con, en y para la esperanza

Para concluir. Hablamos de la educación *como* un acto de esperanza. También, de educar *desde* la esperanza, *con* la esperanza y *en* la esperanza.[40] ¿Qué significa educar hoy *para la esperanza*? Es educar a *descubrir* en los lugares de la vida cotidiana todos los signos de sentido y de futuro, a *apreciar y agradecer* los pequeños gestos; a *abandonar* los pensamientos pesimistas, amargos, oscuros, derrotistas, pero también los ingenuamente optimistas, ingenuos, idílicos, ilusorios; a *reaccionar con resiliencia*, no quedándose nunca caído, levantarse, ponerse en marcha, dejarse ayudar; a apoyar a los demás, sosteniéndolos, acompañándolos en su madurez, ayudándolos a vivir en profundidad, sobre todo en las experiencias difíciles; a *conocer* los propios límites y tener paciencia con ellos; a *frecuentar* a las personas que guardan la capacidad de asombro en su corazón; a *cultivar ideales* que permitan vivir para algo que supere la propia inmediatez; a soñar con un mundo que aún no se ve, pero que llegará si se construye sobre el presente, a pesar de las incertidumbres; a *madurar opciones libres y conscientes* que, recordando el pasado, lleven a cuidar el presente y proyectarlo hacia el mañana; a *pensar en nuevos caminos* adecuados al nuevo contexto en el que nos movemos hoy; a *buscar juntos* nuevas soluciones; a *iniciar procesos* de transformación; a *confiar* en Dios, poniéndolo todo en la oración y creyendo en la existencia de una creación que se extiende y se encamina hasta su realización definitiva.[41]

5. Sostener la esperanza

De hecho, "un primer lugar esencial para aprender a esperar es la oración".[42] En los momentos difíciles, también Cristo experimentó el desánimo, el desconcierto, la preocupación, el miedo. Pero en su recorrido por los momentos difíciles, Cristo no huyó ni los suprimió, sino que nos enseñó a superarlos con serenidad y fuerza, y a darles sentido. *Es precisamente en la oración donde el Señor descubre la fecundidad de los tiempos difíciles y decide en consecuencia*: "Ahora mi alma está turbada; ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora... ¡Pero para esto he venido a esta hora! Padre, glorifica tu nombre" (Jn 12,27). *La ansiedad o la ilusión de lo inmediato puede hacernos perder de vista la profundidad de lo real y la presencia de lo definitivo*. Pero la oración:

— *Nos fortalece en la certeza de la presencia del Señor* con nosotros "todos los días" (Mt 28,20), incluso los oscuros: "Ánimo, soy yo" (Mc 6,50);
— *Nos sitúa en una escucha humilde y dócil de la Palabra de Dios*. Allí saboreamos la historia de la salvación y aprendemos a degustar cómo Dios "visitó y redimió a su pueblo" (Lc 1,68). Allí comprendemos específicamente cómo Dios puede separar las aguas para el paso de los elegidos y luego puede reunirlos para enterrar a los perseguidores (cf. Ex 14,21-29). Allí comprendemos cómo un pastorcillo sin armadura puede vencer al gigante que amenazaba a su pueblo (cf. 1 Sam 17,49);
— *Nos hace discernir el tiempo presente*. Nos permite ver lejos y en profundidad. Nos hace descubrir el plan salvador de Dios en medio de los desconcertantes y absurdos

[39] JUAN PABLO II, *El futuro del hombre es ante todo futuro de Dios*. Catequesis a la Audiencia general (19 de noviembre de 1997).
[40] Cf. FRANCISCO, *Reconstruir el pacto educativo global*. Mensaje con motivo de su lanzamiento (12 de septiembre de 2019).
[41] Cf. FRANCISCO, *Educar a la esperanza*. Catequesis a la Audiencia general (20 de septiembre de 2017).
[42] BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, n. 32.

acontecimientos humanos. Nos revela el porqué de las cosas (cf. Rom 8,20-22). Nos hace ver que nuestros caminos no son los de Dios (cf. Is 55,8);

— *Nos hace descubrir el plan de Dios, el paso del Señor en la historia, la actividad incesantemente recreadora del Espíritu*. El orante comprende tres cosas: que sólo Dios cuenta, que Jesús vive con nosotros y nos acompaña en nuestra peregrinación hacia el Padre, y que la eternidad ya ha comenzado y marchamos con Cristo hacia la realización del Reino (cf. 1 Cor 15,24);

— *Nos ayuda a descifrar el Misterio* (cf. Lc 24,31), nos ayuda a superar el miedo (cf. Hch 4,17-20), nos ayuda a saborear la alegría y la fecundidad del sufrimiento (cf. Gál 6,14; Col 1,24; Jn 12,24), refuerza nuestra disponiblidad (cf. Mt 26,39);

— *Nos hace descubrir signos de "esperanza antropológica" en la situación en la que nos encontramos*, aunque sean parciales y ambivalentes. La mirada contemplativa está impregnada de la sensibilidad necesaria para poder reconocer el pequeño grano de mostaza y tener la certeza de que, cuando crezca, se convertirá en "un árbol tan grande que las aves del cielo vienen y hacen sus nidos en sus ramas" (Mt 13,31-32). Sabe que, si hay alguna expectativa para el futuro, se esperan señales en el presente, por lo que nunca maldice el presente;

— *Nos comunica, siempre en el claroscuro de la fe, lo que Dios quiere de nosotros* (cf. Lc 10,25; Hch 22,10). En la oración percibimos, sobre todo, que "todo es posible para Dios" (Mc 10,27), que la salvación puede venir de lo inesperado (cf. Jn 1,46) y que debemos saber ser pacientes (cf. Rm 5,4);

— *Nos da serenidad*. En general, las personas que no tienen tiempo y paz para rezar y purificar sus ojos se vuelven ansiosas y desesperadas. Las personas que rezan, en cambio, son portadoras de paz y con su testimonio nos introducen en lo invisible de Dios, haciéndonos experimentar su presencia;

— *Nos reequilibran interiormente* poniéndonos en contacto con Jesucristo "nuestra paz" (Ef 2,14), con el Espíritu que "viene a ayudarnos en nuestra debilidad" (Rm 8,26), con el Padre que cuida de nosotros (cf. Hb 2,16).